

## CIUDAD Y ESCRITURA EN LAS CRÓNICAS DE PEDRO LEMEBEL

Por Andrea Ostrov

Ciudad y urbe son palabras que designan, en principio, un mismo referente. Sin embargo, desde el punto de vista etimológico, estos términos aparentemente sinónimos en español provienen de voces latinas cuyos sentidos no se superponen: *urbs* y *civitas*. La primera refiere a la ciudad en tanto espacio físico, conjunto de edificios, calles, paisaje, infraestructura. *Urbs* -urbe- designa la estructura material de una ciudad. La palabra *civitas* en cambio, alude a la ciudad en tanto forma de vida, organización institucional, relaciones sociales, prácticas cotidianas, sistemas de simbolización, religión, gobierno, etc. Es decir que en rigor la *civitas* no se refiere a una materialidad espacial sino a la organización de los modos en que un determinado espacio es habitado. A partir de esta distinción me propongo abordar algunos aspectos de *Loco afán* de Pedro Lemebel teniendo en cuenta que varios de los relatos de este libro se instalan precisamente en el punto donde la *urbs* y la *civitas* se determinan mutuamente: los textos de *Loco afán* establecen una tensa vinculación entre la periferia y los barrios pobres de Santiago de Chile y ciertas prácticas sexuales marginales que transcurren en esos espacios: la homosexualidad, el travestismo, la prostitución masculina. Y esta confluencia de la periferia urbana por un lado, y de la marginalidad sexual por otro en la escritura de estas crónicas propone un mapa otro de la ciudad donde se subvierten “no solo las normas impuestas por la moral dominante, sino la cartografía misma de manera que del espacio urbano”.<sup>1</sup>

Si aceptamos, con Michel de Certeau, que todo recorrido presupone obviamente el espacio sobre el que se realiza, pero que además el recorrido mismo *produce* ese espacio en la medida en que lo recorre,<sup>2</sup> el desplazamiento –si no explícito, al menos implícito- por el espacio de la ciudad, que sostiene la escritura de la crónica re-funda el espacio urbano, reconfigura el mapa de la ciudad al tiempo que lo escribe. “La mirada del cronista ambulante [muestra] el contrasello de la utopía neoliberal, todo aquello que el proyecto económico ha relegado a la categoría de desperdicio y desecho”.<sup>3</sup> La crónica urbana puede ser pensada como una operación escrituraria que espacializa otras zonas, que delinea *otro* mapa -no oficial- de lo ciudadano, deteniéndose en el reverso, en el “negativo”, en el margen o el afuera que, expulsado del centro, sostiene sin embargo la identidad *mostrable* del adentro. Se trata, en definitiva, de una escritura que hace visible la diversidad, la multiplicidad, que intenta fisurar -en términos de Lucía Guerra- la totalidad de sentido que homogeneiza las diferencias al reunir las bajo un único argumento significativo. Si en *La esquina es mi corazón* prevalece el mapeo de los circuitos libidinales de la homosexualidad proletaria, con lo cual ciertos lugares como parques, baños públicos, cines, estadios de fútbol, se resignifican en tanto pasan a constituir puntos relevantes de una cartografía de los intercambios homosexuales; en el caso de *Loco afán* el territorio espacializado corresponde en gran medida a la prostitución travesti infectada por el SIDA. En este sentido, prevalece en las crónicas de *Loco afán* el gesto de desestabilizar la supuesta homogeneidad del mundo homosexual encarnada en el modelo gay:

<sup>1</sup> Lucía Guerra, “Ciudad neoliberal y los devenires de la homosexualidad en las crónicas urbanas de Pedro Lemebel”. *Revista chilena de literatura* 56, p. 83.

<sup>2</sup> Michel De Certeau (1980), *La invención de lo cotidiano. 1: Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, 2000, p. 109.

<sup>3</sup> Lucía Guerra, *ob. cit.*, p. 85.

el ‘hombre homosexual’ o ‘mister *gay*’ era una construcción de potencia narcisa que no cabía en el espejo desnutrido de nuestras locas (26);

esa piel blanca, tan higiénica, tan perfumada por el embrujo capitalista. Tan diferente al cuero opaco de la geografía local (27).

La homosexualidad aparece en estos textos explícitamente atravesada por relaciones de clase, etnia, nación, por una concatenación de variables que confluyen en una identidad “loca” –o local-. La figura de la *loca* deviene así cifra de una *localidad* que pone en jaque la pretendida universalidad del modelo *gay clase media blanca* propiciado por los discursos globalizadores provenientes del primer mundo. En estos textos, la gestualidad loca de las travestis, el despliegue de lamé y lentejuelas, la proliferación de lujos y falsos brillos encarna una cierta dimensión de exceso que, en el contexto sociopolítico latinoamericano, se vuelve significativa de la carencia, de la marginalidad, de la miseria de las periferias urbanas. Frente al modelo homosexual hegemónico, la loca local encarna tensiones políticas, sociales, culturales y geográficas que resignifican las relaciones entre países centrales y periféricos pensadas en torno al eje modelo/copia.<sup>4</sup> En “La muerte de Madonna” los gestos de reproducción y de imitación que la travesti tercermundista lleva a cabo respecto del modelo central –Madonna- se refuncionalizan al ser leídos como “estrategias resemantizadoras desplegadas por las culturas periféricas”.<sup>5</sup>

La Madonna tenía cara de mapuche, era de Temuco [...] a lo mejor por eso se tiñó el pelo rubio, rubio, casi blanco. Pero ya el misterio le había debilitado las mechas. Con el agua oxigenada se le quemaron las raíces y el cepillo quedaba lleno de pelos. Se le caía a mechones. [...] Sin pelo ni dientes, ya no era la misma Madonna que tanto nos hacía reír cuando no venían clientes. Nos pasábamos la noche en la puerta, cagadas de frío haciendo chistes. Y ella imitando a la Madonna con el pedazo de falda, que era un chaleco beatle que le quedaba largo. Un chaleco canutón, de lana con lamé, de esos que venden en la ropa americana. Ella se lo arremangaba con un cinturón y le quedaba una regia minifalda. Tan creativa la cola, de cualquier trapo inventaba un vestido. (37-8).

Es evidente, de acuerdo con este párrafo, que el reciclaje latinoamericano de los modelos importados del primer mundo constituye, más que una copia, un verdadero simulacro que, al tiempo que remeda el “original”, establece con respecto a éste una distancia paródica que exhibe el hiato irreductible, el fallido del gesto, poniendo en evidencia las marcas de exclusión que caracterizan el contexto social, económico, político y cultural latinoamericano.<sup>6</sup>

<sup>4</sup> Ver para este punto el libro de Francine Masiello *El arte de la transición*, Buenos Aires, Norma, 2001.

<sup>5</sup> Nelly Richard, *La estratificación de los márgenes. Sobre arte, cultura y políticas/s*. Santiago de Chile, Francisco Zegers ed., 1989, p. 55.

<sup>6</sup> Tomo la diferenciación conceptual entre *copia* y *simulacro* que propone Gilles Deleuze en *Logique du sens*, París, Minuit, 1969, pp. 295-297. Según este autor, la semejanza propia de las copias no establece, respecto del modelo, una relación meramente exterior, sino referida a la esencia interna de la Idea: es la identidad superior de la Idea lo que funda la pretensión de semejanza de las copias. Entretanto, los simulacros

Ella se sabía todas las canciones, pero no tenía idea lo que decían. Repetía como lora las frases en inglés, poniéndole el encanto de su cosecha analfabeta. [...] Cerrando los ojos, ella era la Madonna, y no bastaba tener mucha imaginación para ver el duplicado mapuche casi perfecto. Eran miles de recortes de la estrella que empapelaban su pieza. [...] Todo un mundo de periódicos y papeles colorinches para tapar las grietas, para empapelar con guiños y besos Monroe las manchas de humedad, los dedos con sangre limpiados en la muralla, las marcas de ese rouge violento cubierto con retazos del jet set que rodeaba a la cantante. Así, mil Madonnas revoloteaban a la luz cagada de moscas que amarilleaba la pieza. Hasta el final, cuando no pudo levantarse, cuando el sida la tumbó en el colchón hediondo de la cama (38-39).

La cuestión del nombre propio, explícitamente tratada en algunas de las crónicas, vehiculiza nuevos desajustes, nuevas diferencias. Al adoptar un sobrenombre femenino, el travesti re-generiza su propia corporalidad a la vez que cuestiona el nombre propio como signo de identidad unívoca. El nuevo bautismo constituye un acto de refundación de la identidad que pone en cuestión no solo el linaje paterno sino también el Nombre del Padre en tanto ley que determina la identidad sexuada y las posiciones de género. Si bien muchas veces la elección del sobrenombre travesti se realiza teniendo como principal reservorio el “firmamento estelar hollywoodense” – la Garbo, la Dietrich, la Monroe, la West, la Carmen Miranda- en otras ocasiones el sobrenombre se propone como inscripción de la enfermedad en ese nombre propio que se reescribe como marca sidosa: la María Misterio; la María Sombra; la María Acetaté; la María Sarcoma; la Zoila Kaposi (66).

Otras veces, el sobrenombre plantea una reconfiguración del cuerpo que resemantiza la materialidad física misma al desarticular mediante la metáfora humorística la inadecuación de los cuerpos “locales” al canon de belleza corporal legitimado:

Quizás el listado de chapas que se usan para renombrarse incluya un denso humor, un ácido acercamiento a esos “detalles y anomalías” que el cuerpo debe sobrellevar resignado. A veces cojeras, hemiplejías, o “sutiles fallas” que tanto cuesta disimular [...]. El apodo hace de ese lunar con pelos una duna de felpa. De esa jodida joroba, un Sahara de odalisca. De esos ojos miopes, un sueño de geisha.[...] De esa obesa calamidad, una nube blanca y rosada a lo Rubens.[...] De esas elefánticas orejas, un par de abanicos flamencos (63-4).

Pero además, el sobrenombre subvierte la *organización* canónica del cuerpo heterosexual al jerarquizar y resignificar eróticamente otros órganos, otras zonas, poniendo en cuestión, consiguientemente, el privilegio de la genitalidad: la María Silicona; la Saca Corchos; la Licuadora; la Poto Aguja; la Poto Asesino (65-6). La reescritura del nombre propio condensa un proceso de des-re-jerarquización del cuerpo que perturba la *organicidad* legitimada por el modelo heterosexual “que asigna funciones determinadas a los órganos”.<sup>7</sup> El sobrenombre travesti dibuja otro mapa corporal, en función de otra economía sexual.

---

producen efectos de semejanza puramente exteriores, a través de medios completamente diferentes de aquellos que se hallan en acción en el modelo. Así, los simulacros pretenden apropiarse del objeto por debajo de la mesa, utilizando una agresión, una insinuación, una subversión ‘contra el padre’ y sin pasar por la Idea.

<sup>7</sup> Néstor Perlongher, *ob. cit.*, p. 69.

Sin embargo, no solo el nombre propio se reescribe. Las reiteradas alteraciones ortográficas -que a lo largo del texto conmueven el significado de determinadas palabras haciendo proliferar sentidos

el invierno cero positivo de las locas (28).

los exámenes AIDS [...] positivos que llevaron al suicidio a varias depre-sidas (58),

constituyen verdaderas marcas -o manchas- que introducen la enfermedad en el cuerpo de la letra. Así, las marcas que la enfermedad inscribe en los cuerpos de las protagonistas de estas crónicas afectan -o infectan- la materialidad misma de la palabra. A su vez, la proliferación genérica que el cuerpo travestido encarna, ese estallido de identidades que se traduce en cortes, hiatos e incoherencias con respecto a la norma genérico-corporal, tiene correlato en la incongruencia genérico-gramatical evidente en algunas de las crónicas:

uno es tan refea y arrastra por el mundo su desnutrición de loca tercermundista. [...] Y uno anda tan despistada en esos escenarios del Gran Mundo (71).

El género tiene, evidentemente, marcas lingüísticas que, de acuerdo con la corrección y propiedad del lenguaje, obedecen a leyes estrictas de concordancia. Los ejemplos citados ponen en crisis la categoría de género gramatical al hacer estallar la concordancia, evidenciando de este modo la coerción, la normativización y normalización de las identidades sexuales que se ejerce desde la estructura misma del lenguaje.<sup>8</sup>

La construcción de la identidad en torno a la coherencia *sexo= género = heterosexualidad* resulta determinante para la categorización de los cuerpos y de las prácticas sexuales en términos de legitimidad. La supuesta “naturalidad” de la correspondencia *sexo = género= elección sexual* normativiza esta ecuación y relega los cuerpos que no la encarnan de manera apropiada al dominio de la abyección. El corte reiteradamente practicado en la palabra “ciudad-ano” (88) jerarquiza la analidad disimulada en el sufijo y propone un recorte diferente del mapa corporal. Pero además, ese corte en la materialidad misma de la palabra reduplica el gesto señalado al principio del trabajo en relación con la escritura de estas crónicas, esto es, la *espacialización* (en este caso, literal) de la analidad, de lo abyecto, lo arrojado de sí, del cuerpo propio: el desecho periférico, ese resto expulsado de lo urbano, y el ejercicio de la prostitución homosexual que des-borda el marco de legitimidad que impone el orden ciudadano.

---

<sup>8</sup> Ver el artículo de Monique Wittig “The Mark of Gender”, en Nancy Miller (ed.), *The Poetics of Gender*, Nueva York, Columbia University Press, 1986, pp. 63-73.